ERNESTO SABATO, UN ESCRITOR COMO TESTIGO

Ernesto Sábato es una de las figuras más destacadas de la cultura contemporánea de América hispánica, un hombre de genio en medio de una literatura poblada de hombres de talento. Lanzado en París por Camus, con quien tenía en común «las inquietudes metafísicas, la preocupación ética y muy semejante posición política», el ingreso de Sábato en la literatura ocurrió con *Uno y el Universo* (1945), una serie de brillantes artículos, contra —todos ellos— lo que llamó «los inspectores del urbanismo filosófico». Allí afirmaba querer «abandoner esa ciudad de las torres. La torre es para «él un refugio donde todo está en orden, un mundo de seguridad y de comodidad». Prefiere ir en búsqueda de «un continente, lleno de peligros, donde domina la conjetura». Porque Sábato es un filósofo y un humanista. Polémico, irónico, agresivo, sincero. Está siempre defendiendo o atacando. Sus conflictos también son, y principalmente, consigo mismo. De una implacable autocrítica. ¿Cuántas veces se contradijo, en el intento de cuestionarse?

Novelista y crítico, se preocupa con la teoría de la ficción y los problemas de la cultura en el ámbito universal. Propone aspectos de la problemática específica hispanoamericana en incursiones ideológicas que revelan su visión fundamental: vivimos en una época de crisis, de derrumbe caótico, que se refleja en la literatura en general y en la novela en particular.

Rechazando conceptos pesimistas como los de Ortega y Gasset, no considera la novela una forma artística en crisis, sino una forma de arte que capta la crisis occidental: «Si en cualquier sitio del mundo es duro sufrir el destino del artista, aquí es doblemente duro porque además sufrimos el angustioso destino del hombre latinoamericano».

Ese «angustioso destino» es, sin duda, una alusión a la constante necesidad que siente en definirse y de carecterizar una cultura. A pesar de esta preocupación, tanto americana como nacional, Sábato no aboga por el cultivo de una literatura nacional, en el sentido más res-

tringido. «No hay literatura nacional y literatura universal, afirma, hay literatura profunda y literatura superficial... Si algo es profundo, ipso facto expresa el alma de su pueblo y de un modo u otro está comprometido con su tiempo.» El caos espiritual de la actualidad se originó cuando se perdió el sentido de universalidad.

La indagación esencial de Sábato se vuelve hacia el hombre y su destino, enfocándolo en su relación con «el otro». En última instancia está su relación con el conocimiento, proceso intrínseco, y no en el sentido comtiano. Esto sin descontar las coordinadas históricas de su propio país. Parte de lo particular, de lo concretamente argentino para lo universal y llega al problema crucial: el de la búsqueda de identidad del ser americano.

IDENTIDAD DEL SER AMERICANO

Es en el ensayo donde se puede observar el trazo más característico de su personalidad: la integración del aspecto eminentemente formal y el contenido propiamente dicho, realizando de modo personalísimo el ejercicio pleno de la inteligencia y de la fantasía, con estructuración lógica y brillo en la exposición de las ideas. Los títulos de sus ensayos son indicativos de sus preocupaciones: ya nos hemos referido a *Uno y el Universo, Intento de reintegración del Hombre.* Sigue *Hombres y engranajes* (1951; 3.ª ed., 1970), escrito después de honda crisis espiritual, en que intenta mostrar cómo la sociedad industrial aliena al hombre y lo transforma en engranaje de una inmensa y monstruosa maquinaria. La tesis central del libro es la de que la crisis de hoy es el resultado final de las tres grandes paradojas del Renacimiento: 1. Haber sido un movimiento individualista que llevó a la masificación; 2. Haber sido un naturalismo que condujo a la máquina; 3. Haber nacido como un humanismo y engendrado un antihumanismo. Síguense los siguientes ensayos: *Heterodoxia* (1953), *El escritor y sus fantasmas* (1963) *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo* (1968). El tono de Sábato es frecuentemente polémico pero se mantiene al nivel de las ideas sin citar nombres (se refiere a «observadores europeos superficiales», «cierto tipo de nacionalista de derecha», «intelectuales sofisticados y europeizantes»). El mismo reconoció varias veces este carácter como en la «Justificación» de la obra.

La formación intelectual de Sábato, en el ámbito de la ciencia y posterior ingreso en la literatura, muestra un hombre consciente

de sus contradicciones íntimas, que conducen a una visión especial de las relaciones humanas y de los vínculos con los acontecimientos. La necesidad de ordenar su mundo interior le obliga a teorizar acerca de los fenómenos, resultando en algunas de las mejores páginas ensayísticas de nuestro tiempo. Sábato sabe de la dualidad del ser humano —la describe en *Heterodoxia* y en otros ensayos. Como consecuencia, sus personajes son ambiguos, para que el «lector se muestre incierto con la propia incertidumbre de los héroes, que se inquiete con sus inquietaciones», según Sartre lo formuló.

UNA ANTROPOLOGIA DE LA NOVELA

Confesional «à la Proust», remite a la formulación del misterio y del inconsciente, afrontando los peligros de un cientificismo extremado que impera en el Occidente en los últimos años. El universo de la materia, objeto de la ciencia, está sujeto a un determinismo riguroso. Para Kant (y para Sábato), el hombre es algo más que un sujeto psicofísico, pues el espíritu es ajeno al reino de la naturaleza. La belleza está unida a la verdad. La metafísica fue reducida por el kantismo al sistema de principios que la razón emplea en la constitución de la ciencia (aunque negada en esa función por el positivismo).

Hay toda una estética y una metafísica en la base de su cosmovisión, siempre renovada y reformulada, de cuño existencialista-fenomenológico, plasmando la noción filosófica de posibilidad. Abandona el racionalismo silogístico que concibe un orden absoluto, rector del mundo. El indeterminismo aparece como elemento cognoscitivo de la realidad.

La serie de ensayos reunidos en *El escritor y sus fantasmas* es la culminación de lo que ha venido escribiendo desde 1945, una especie de antropología de la novela. Expone sus ideas acerca de la narrativa que, en parte, han sido suscitadas por el contacto con las ciencias exactas y particularmente con la epistemología (teoría del conocimiento). Es una verificación de la literatura de hoy, del punto de vista de la crisis total del hombre, sacrificado y martirizado por la cultura creada por él mismo. Cabe a la novela ser crítica de esa situación y la expresión novelesca debe, por eso, ser totalizadora, en un intento de salvaguardar las manifestaciones que contrabalancean la civilización «tecnolátrica». La novela es así, el género más adecuado para expresar la visión integral del mundo, en su condición de híbrido, único modo de realizar la gran síntesis de la realidad, único modo de conseguir la salvación del hombre concreto. De ahí su afán en

constituir la «novela total», en que asume una cosmovisión que, a su vez, va a determinar el tipo de novela «problemática» que realiza. Esto porque el hombre contemporáneo se volvió problemático, angustiado, perplejo: «Somos actores de una oscura tragedia.» El mundo empírico crea una literatura problemática.

Desde la primera novela —*El túnel*—, Sábato enfoca la relación del ser humano con el «otro», su imposibilidad de comunicación, aspecto capital de la fenomenología sartriana. La función de la novela «no es apenas la de ocuparse del "yo", sino también la de describir y de analizar este "yo" en relación con las demás conciencias que lo rodean». *El túnel* es la historia de un amor imposible por la incapacidad de comunicación entre los personajes. El hombre no consigue comunicarse con sus semejantes, pues son libertades opuestas que o se esclavizan o se rechazan: «la condición del hombre no se revela abstractamente, sino a través de circunstancias concretas en que esa existencia tiene lugar».

La metafísica de Sábato tiene equivalencia en Sartre: surge del estudio de los problemas individuales, como totalidad concreta. Sólo la obra de arte puede conseguirla, posibilitando de llegar a lo absoluto y conocer la realidad humana en su conjunto. «El arte —dice Sábato—, en el verdadero sentido de la palabra, es al mismo tiempo desmitificador y revolucionario, ya que conduce al hombre de las representaciones y de los preconceptos acerca de la realidad a la propia realidad y su verdad.» Templado, así, por la fe en la virtud regeneradora del arte, Sábato realiza la defensa del hombre concreto en el intento de rescatarlo de la civilización deshumanizadora que contribuyó para desacralizar al individuo. Esto sólo será posible a través del retorno a la unidad primordial. La literatura, el arte, en fin, son actos sagrados. La ficción es el camino del conocimiento, supremo fin de su indagación.

UNA LITERATURA COMPROMETIDA

Ese compromiso de Sábato es personal y, al mismo tiempo, generacional, manifestándose en otros escritores argentinos, como Mallea, autor de *Historia de una pasión argentina,* y de Roberto Arlt, en cierto sentido. En general, el relato platense está empapado de esta preocupación metafísica: «Nuestra tragedia —dice en *Heterodoxia*— consiste en buena parte en que no habíamos terminado de hacer un país cuando el mundo empezó a derrumbarse; esto es como un campamento en medio de un terremoto.»

Para Sábato, toda creación literaria es social. Aleja el concepto de literatura social independiente de otras expresiones: «Lo que estos críticos llaman de "novela social" es un modo externo y superficial de la novela. No sabemos qué escritores "sociales" hubo en la época de Tolstoi, porque si los hubo, no tuvieron la suficiente importancia como para que trascendieran y los conozcamos. En cambio, los grandes escritores que no se propusieron describir los fenómenos sociales, además de indagar implacablemente el corazón del hombre ruso de su tiempo, nos dejaron la más admirable pintura de su sociedad.»

Cabe, por tanto, al novelista sintetizar los polos opuestos de nuestra experiencia, unir ideas y pasiones, subjetivismo y objetivismo, darnos, en fin, la realidad a partir del «yo». Al sumergir en el «yo», el escritor debe abandonarlo, pues el «yo» no está en el espacio, sino se desprende del tiempo anímico, que no se mide cronológicamente. En la novela actual, todo surge a partir del sujeto, junto con sus estados de alma y pensamientos. En el intento de «encontrar siempre un orden y un significado a hechos que, quizá, no los tengan», Sábato baja, como Orfeo, a su «yo» profundo y descubre allí un mundo mágico, primitivo y mitológico.

Sobre héroes y tumbas, segunda novela del autor, busca una especie de intrahistoria del hombre solitario, proponiendo el sentido de la existencia, la soledad y la muerte. En vez de la actitud pesimista de Pablo Castel, de *El túnel,* dos personajes importantes, Bruno y Martín, representan la «metafísica de la esperanza». Es una obra técnicamente compleja, con tres distintas líneas narrativas que se conjugan en una estructura musical sinfónica y no contrapuntística.

La preocupación de Sábato con la problemática de la condición humana lo hace escribir novelas que son también ensayos (una constante en los novelistas hispanoamericanos actuales). Un día le preguntaron cómo se definiría: «heterodoxo», contestó. Pero no como actitud escéptica o un cómodo eclecticismo. El lo es con toda la pasión. Y así ha escrito *Sobre héroes y tumbas,* una bella novela, acto sagrado, camino de conocimiento, que lo reconcilia con el arte.

Esta historia de amor, con los elementos melodramáticos que la conforman (la pasión incestuosa de Alejandra, la amenaza de suicidio de Martín, la expiación por el fuego), en manos de otro narrador sería folletinesca. Alejandra es, como la Argentina, una mujer: romántica, irracional, ondulatoria, misteriosa. Es algo más que «uno de esos falsos oasis que alargan la desesperada travesía en un desierto y cuyo desvanecimiento puede impulsar a la muerte». Sábato la transforma en alegoría, en una búsqueda de la redención y de raíces nacionales.

Alcanza grandeza trágica al consumirse por el fuego, al final de la novela. Pasado y presente se mezclan y se determinan. El pasado trágico de la patria se proyecta desde la «épica marcha del ejército de Lavalle» que irrumpe en la vida de Martín, para seguir con él en su futuro, como base del país a ser reconstruido. La lección histórica de esa legión derrotada sobrevive después de su desaparición, «siempre hacia el norte», con su general muerto y su galope fantasmal interminable. La patria se construye a través de cada personaje —Bruno, Martín y Fernando, todos representando al creador y sus obsesiones, y la de los distintos destinos que se mezclan.

CAVAR EN EL CORAZON HUMANO

En contraste con el ayer, el hoy se muestra desolador. Parte de la estructuración de la novela descansa sobre un principio heideggeriano: la supervivencia de los valores después de la muerte del individuo.

Bruno sabe de los obstáculos a vencer: «... no se trataba únicamente de eternizar (destinos, acontecimientos), pero de indagar, de cavar en el corazón humano, de examinar las reentrancias más ocultas de nuestra condición».

Fernando, ser demoníaco, con su experiencia consciente del mal, supera la frontera de lo humano: «Algo atroz me sucedió a medida que ascendía por aquel resbaladizo, crecientemente cálido y sofocante túnel; mi cuerpo se iba corvirtiendo en el cuerpo de un pez. Mis extremidades se transformaban repugnantemente en aletas y sentí que mi piel se cubría de duras escamas.»

En las honduras del ser, la lucha agónica por el rescate de las fuerzas irracionales e instintivas, el lado más genuino y revelador, el rescate del mundo en su integridad.

Con excepción de Palermo y del Sur —feudos literarios de Borges—, la ciudad de Buenos Aires aparece en la novela, barrio por barrio, ciudad vituperada pero minuciosamente amada. Maestro en exteriores, Sábato recuerda el viejo parque Lezama, sus hojas secas arrastradas por los primeros vientos del otoño, el crepúsculo y su luz, la sirena de un barco, el gran río color de fango.

Obra onírica, barroca, vibrante y arrebatadora, es verdadera visión apocalíptica de la realidad actual. El *Informe sobre ciegos,* título de la tercera parte, narrado y vivido por Fernando Vidal Olmos, símbolo del hombre contemporáneo, manifiesta la marcha ciega de la humani-

dad, como metáfora de la invisibilidad de lo real absoluto. El sacrificio de la visión significa perderla para adquirir el verdadero saber, «la vision de l'invisible», según Gilbert Durand.

Los fragmentos que integran o desintegran esta novela son como los desechos de ese mundo casi en ruinas. Alternan lo irracional y lo conceptual, como zonas de sombra y de luz, bien delimitadas. En la zona tenebrosa están los sueños, las amenazas de sectas secretas, las exploraciones subterráneas. En la zona clara están los análisis, las explicaciones y las teorías en que el autor intenta apoyarse.

AMPLIA VISION HUMANISTICA

Abaddón el exterminador es la relación del narrador-autor con sus lectores. Título extraído del Apocalipsis (es el sexto ángel del Apocalipsis de San Juan), es un «huracán sombrío y destructor», según María Granata. Aparecen personajes de novelas anteriores, como María (de *El túnel)* y Bruno Bassau (de *Sobre héroes y tumbas).* También figuras reales, como Irène Curie, el alquimista Fulcanelli y los pintores surrealistas Oscar Domínguez y Víctor Brauner. En *Abaddón el exterminador,* Sábato dice a un joven escritor: «Que no sea capaz de escribir sobre cualquier tema es un indicio, no un motivo de desaliento. Las obsesiones tienen sus raíces muy hondas, y cuanto más hondas, menos numerosas ellas son. Y la más profunda de todas es, quizá, la más oscura, pero también la única todopoderosa raíz de las demás, la que reaparece a lo largo de toda la obra de un creador verdadero... Y no debes escribir una línea siquiera que no sea sobre la obsesión que te persigue.»

El personaje loco, Barragán, que en *Sobre héroes y tumbas* predice un castigo y una salvación, en *Abaddón el exterminador* ve un monstruo, un dragón que anuncia sangre y destrucción. El mundo por donde vaga el protagonista, Sábato, se volvió absurdo y contradictorio. Se mezcla con los demás personajes, algunos son sus propios desdoblamientos y aparecen como intentos de comprender, desde otros puntos de vista, la realidad confusa: «No se debe buscar coherencia en el poder diabólico, escribe, pues la coherencia es propia del conocimiento luminoso.»

A través del desespero quiere alcanzar un mundo distinto. Presenta una creencia ciega en las fuerzas del mal o en la noción de que por la ética del mal se alcanza lo ideal.

Sábato condena, en la novela actual, el exceso formalista de modas importadas. Nada de verbalismos ni de retórica. Quiere que el

escritor penetre en el mundo de la vigilia, donde se descubren los mitos y los recuerdos enterrados para revelar los valores profundos de la existencia, volviéndola compleja y trascendente. Considera que la novela ha sido siempre antropocéntrica mientras los filósofos se volvieron hacia el hombre concreto con el existencialismo. Este no es, como muchos suponen, un simple irracionalismo, aunque haya surgido en la lucha que los hombres del siglo pasado han iniciado contra la razón.

La novela de Sábato quiere llevar al conocimiento entendido a la manera de Platón: progreso intrínseco procesado en el individuo y no en el sentido comtiano: lo que somos, cuál es nuestro destino personal. Con esto pretende conseguir en el lector el desarrollo que se derivará de ese conocimiento de sí mismo ¿Qué hombre es éste por el cual se interesan Sábato y la filosofía actual? Es el de Pascal, concreto, lanzado al universo en su grandeza y en su miseria.

Sábato ha sido alumno de la hija de Madame Curie y profesor de Física Nuclear. Disciplinado en la matemática, de ella sorbió el rigor y la precisión, aunque no crea que hayan tenido alguna influencia en su literatura barroca, donde hay predominio de la fantasía sobre la razón y con una profunda intuición de la vertiente surrealista: «Una novela no se escribe con la cabeza, sino con pasión, con el subconsciente, todo el organismo.» Quizá escriba ensayos para contrarrestar esa parte intuitiva de su temperamento y para determinar su modo coherente de argumentar. Sus ensayos también evidencian, en la exposición dialéctica, su formación científica. Así como escribió *Sobre los dos Borges,* podríamos escribir «Sobre los dos Sábatos»: el «causeur» excelente (que conocemos y con quien platicamos), cuya pasión por la frase brillante y el impacto de meditada argumentación no lo impiden de interesarse por el «hombre que vive en este confuso universo heracliteano, no el fantasma que habita en el cielo platónico».

En esta hora de nuevos posicionamientos y de definiciones, Ernesto Sábato, con su lúcida indagación y su humanismo de amplia visión, viene desempeñando un papel importante en la conceptuación de las verdades de las cuales se habla tanto. Como testigo de su tiempo y a través del examen de la condición humana, transmite una metafísica de la esperanza, para despertar al hombre en su marcha.

BELLA JOZEF

Rua Buarque de Macedo 27/601
22.221 Río de Janeiro
BRASIL